

En el momento en que Cortés se separó de ella, ébria de alegría:

—Ya has tragado el anzuelo,—exclamó;—el tiempo hará lo demás.

Y abandonó precipitadamente la estancia.

Cuando Hernan Cortés volvió con sus soldados, la india había desaparecido.

Su desesperacion no tuvo límites.

Sin pensar en que Litzajaya hubiera podido tenderle un lazo salió de Tlascalala con direccion á Tepeaca, para desde allí trasladarse á Veracruz.

¿Qué había sido de la india?

Esto es lo que, si nuestros lectores tienen paciencia, sabrán dentro de poco.

Capítulo LX AIV.

Sucesos inesperados.

Un nuevo contratiempo impidió al caudillo efectuar su viaje á Veracruz.

Supo en Tepeaca que algunos de sus habitantes recorrían los alrededores en actitud hostil, que los mejicanos les inducían á la rebelion, y que ya habían logrado que se les unieran los de tres pueblos inmediatos.

Mandó un mensaje al senado de Tlascalala, dándole cuenta de lo que ocurría y pidiéndole refuerzos.

En tanto que se recibían, llamado á sus capitanes, les habló de este modo.

—No desconozco que ya estareis cansados de la lucha que venimos sosteniendo. El número de batallas en que hemos tomado parte, casi puede contarse por los días que llevamos en estas regiones.

Nadie mejor que vosotros sabe que si yo apelo á las armas es cuando ya he agotado los medios de persuasion.

En las circunstancias en que nos hallamos es imposible retroceder.

Necesitamos continuar por el camino que nos hemos trazado, para que los peligros que hemos corrido, las privaciones que hemos sufrido, las contrariedades que hemos arrostrado, no sean estériles.

Yo espero que todos me prestareis como hasta aquí vuestro poderoso, vuestro importante, vuestro eficaz auxilio, para realizar la obra proyectada. En esta confianza voy á pedir os un nuevo sacrificio.

—Cualquiera que sea le haremos con gusto por vos,—dijo uno de los capitanes.

—Nuestro mayor deseo es obedecer vuestras órdenes.

—Que vengan nuevas luchas, y os demostraremos que somos dignos capitanes de tan esforzado caudillo.

—Las victorias conseguidas hasta ahora nos hacen esperar el triunfo en lo sucesivo.

—Mientras no nos falte el auxilio de la Providencia, nada tenemos que temer.

—Con recordar la desventaja que teníamos sobre los mejicanos en la batalla de Otumba, y el feliz resultado que obtuvimos, debemos estar convencidos de la proteccion del cielo.

Estas y otras entusiastas exclamaciones salian de todos los lábios, y demostraban que aquellos capitanes reunian todas las condiciones necesarias para la

gran empresa que habian oido á cometer: fé, valor, entusiasmo, patriotismo, subordinacion.

—Pláceme en extremo,—dijo Cortés,—esta nueva prueba de nuestra adhesion. Tal vez algun dia pueda premiar como merecen vuestros esclarecidos servicios. En todas ocasiones me ha sido muy grato saber que cuento con tan leales caudillos; pero en las circunstancias actuales este convencimiento me hace más bien que nunca, porque es un gran lenitivo á las aficciones que torturan mi alma.

Como se vé, Hernan Cortés, aunque preocupado por los sucesos de la guerra, no alejaba de su imaginacion el recuerdo de Marina.

Dispuso que inmediatamente salieran tres capitanes al frente de unos treinta españoles cada uno y numerosos tlascaltecas para someter á la obediencia á los rebeldes.

En la imposibilidad de acudir él en auxilio de la que era dueña de su corazon, dió este encargo á Pedro de Alvarado.

Puso á su disposicion algunos soldados, y le encargó muy especialmente que cuanto antes regresase con la india.

Alvarado fué á cumplir las órdenes de su jefe.

Hernan Cortés quedó de nuevo entregado á sus tristes pensamientos.

La ausencia de Marina le era cada vez más sensible.

Ya no era sólo el amor que sentía hácia la india el que le hacia lamentarse de su ausencia.

Las palabras de Litzajaya habian infiltrado en su corazon la ponzoña de los celos, y esa idea fija, terrible, amenazadora, no le abandonaba un sólo instante.

—Mataré á Rangel, —decia; —sí, le mataré. El odio que siento hácia él no se satisface con apelar á la autoridad que ejerzo sobre él. Necesito beber de su sangre, —añadia fuera de sí; —la accion de la justicia me parece un castigo leve.

Y al pronunciar estas palabras se paseaba febrilmente por la estancia en donde se hallaba, apretaba las manos convulsivamente y su mirada brillaba con un fulgor siniestro.

Otras veces, para que su tormento fuera mayor, de idea en idea, de suceso en suceso, llegaba á recordar la escena que precedió á la muerte de su esposa Catalina.

Su imaginacion se la presentaba en el momento en que, fijos sus ojos en él, con balbuciente voz le acriminaba por el abandono en que la habia tenido.

La promesa que le habia hecho de no amar mujer alguna, se avivaba más que nunca en su alma; y por último, habia momentos en los cuales le parecia que su hijo, su infortunado hijo, le acusaba su muerte, y la palabra ¡asesino! resonaba en su oido.

Para distraer su imaginacion ante el espectáculo de aquella virgen y espléndida naturaleza, se asomaba algunas veces á una de las ventanas de su aposento.

Su vaga mirada recorria aquel inmenso horizonte,

sin fijarse apenas en la grandeza de cuanto le rodeaba.

De pronto le sorprendió un ruido que indicaba que fuerzas considerables se acercaban á su morada.

Recobrando toda la calma, todo el valor, toda la serenidad que constituian sus cualidades más relevantes esperó á que se aproximasen para saber la conducta que debia observar.

Tan preocupado estaba, que no le ocurrió que pudieran ser los capitanes que habia enviado á pacificar los pueblos inmediatos.

Eran, en efecto, y volvian victoriosos.

Al reconocerlos bajó á su encuentro.

Lo que más le admiró fué el extraordinario número de prisioneros que traian.

Aguilar, su buen amigo Aguilar, que en calidad de intérprete habia acompañado á los expedicionarios, fué el primero que le dirigió la palabra.

—A pesar de la tenaz resistencia que oponian los indios á quienes hemos salido á perseguir, —le dijo, —han ido derrotados. Muchos de ellos han quedado en el campo de batalla; otros han huido á refugiarse en las montañas; los demás han caido en nuestras manos, y aquí los teneis, —añadió señalando á los prisioneros, que seguramente pasaban de tres mil. — Tambien el despojo que hemos adquirido en el alcance de los enemigos y en los mismos lugares sedicioso ha sido rico y abundante, tanto en oro como en finísimos tegidos de algodón.

—¿Y hemos tenido que lamentar muchas pérdidas?

—Ni una sola baja, no sólo en nuestras tropas, sino en los tlascaltecas que nos acompañaban. La mayor parte de esos prisioneros proceden de Tecamachalco. Hemos sabido que allí dieron muerte alevosa á siete de nuestros hermanos antes de la batalla de Tepeaca, y hemos querido hacer un terrible escarmiento.

—Figuraos,—añadió otro de los capitanes,—que al pasar por allí nuestros compañeros cayó sobre ellos una horda de esos salvajes, y en medio de la mayor algazara los condujeron á una gran plaza. Una vez allí, extendieron la voz de que tenían en su poder á siete extranjeros, y que iban á sufrir un horrible castigo.

Con feroz alegría acudieron todos á presenciar el espectáculo.

Primeramente les sacaron los ojos, á pedradas les arrancaron los dientes, y cada exclamacion de las víctimas era acogida con una ruidosa carcajada.

Después de tratarles de una manera tan inhumana, encendieron una hoguera, echaron en ella á aquellos desgraciados casi inermes por el tormento que habían sufrido, y haciendo corro bailaron una danza horrible, exhalando de cuando en cuando feroces alaridos, hasta que los cadáveres quedaron reducidos á cenizas.

—Es preciso,—dijo Cortés, horrorizado por la relacion que acababa de oír,—hacer un escarmiento con



HERNAN CORTÉS.—...haciendo corro bailaron una danza horrible.

esas fieras. Por de pronto, los prisioneros serán considerados como esclavos. Que los conduzcan á una prision, y veremos lo que ha de hacerse con ellos. Esta vez, por más que lo sienta, me es forzoso apagar en mi corazon la voz de la clemencia.



Capítulo LXXXV.

Una conspiración abortada.

Trasladémonos á Veracruz.

El arribo de Alvarado á esta población no pudo ser más oportuno.

Llegó á tiempo de sofocar una insurrección que hubiera sido fatal para el prestigio de las armas españolas.

La fábula inventada por Litzajaya, y que refirió á Hernan Cortés, habíase convertido en realidad.

Al quedar Marina en poder de Rangel, al contemplar este su radiante hermosura, al mirar la redondez de sus formas, mal veladas por el traje, al adivinar en sus miradas de fuego el tesoro de amor que encerraba en su alma, se despertó en él una violenta pasión.

En vano su deber le aconsejaba desechar de su imaginación un pensamiento que podía ocasionar su ruina.

El recuerdo de la india le perseguía á todas horas, y sin reflexionar en lo desatentado del paso que iba á dar, dijo un día á Marina:

—Hace tiempo que vuestra imagen querida era la personificación de todos mis ensueños. Declararos la pasión que ardia en mi pecho, ser correspondido y huir con vos, era mi mayor deseo. La casualidad ha hecho que mis esperanzas tal vez se conviertan en realidades, y de vos depende que yo sea el más feliz de los hombres.

Marina, sin ocultar el disgusto que le producían aquellas palabras, nada contestó.

Rangel insistió:

—Yo soy libre; los lazos que á vos os unen con Cortés pueden romperse si mis palabras hallan eco en vuestra alma. Por otra parte, la felicidad que podeis esperar de vuestro amante es bien efímera. Nuestro caudillo se halla dominado por la sed de gloria, y sabido es que los que acarician esta idea no pueden dar cabida en su pecho al amor.

—Os ruego que no prosigais. Si he podido disculpar el atrevimiento de dirigiros á mí en términos tan groseros, de declararme vuestra insensata pasión de una manera tan soez, no puedo consentir, ni consentiré jamás, que hagais apreciaciones calumniosas respecto a vuestro jefe.

—¡Ah!—exclamó con despecho el insolente seduc-

tor.—Bien se vé que amais á nuestro caudillo, por más que sea indigno de vuestro amor, porque el hombre que abandona á su esposa y á su hijo no, debe inspirar sino ódio.

—Pensad en lo que decís, porque tal vez tengais que arrepentiros de vuestro inícuo proceder.

—¿Qué es eso? ¿Me amenazais?—exclamó fuera de sí su interlocutor, temblando convulsivamente, excitado por la pasión que le devoraba.—Sin duda olvidais que estais en mi poder, y que toda la fuerza de vuestro amado,—añadió con ironía,—no será suficiente para oponerse á mis proyectos.

—Os ongañais lastimosamente si creéis que me asustan esos cinicos alardes. Si sois tan villano que pretendéis abusar de una mujer indefensa, dad un paso más y hundiré este puñal en mi pecho,—dijo Marina, blandiendo en la diestra el afilado acero.

Rangel se detuvo ante la decision que revelaban aquellas palabras.

—No importa,—dijo con acento sordo;—yo sé lo que tengo que hacer.

Y abandonó la habitacion.

No desconocía, á pesar de lo ofuscado que estaba, que si Hernan Cortés llegaba á averiguar el paso que habia dado, le impondria un terrible castigo.

Sabia que llegarían en breve fuerzas para conducir á Marina á Tlascalá, y jugando el todo por el todo, concibió un proyecto infame.

—Es preciso que yo me ponga de acuerdo con el cacique de Zempoala, que con sus tropas y las que

tengo á mis órdenes nos opongamos á la llegada de mis compañeros. Marina tiene una voluntad de hierro. No podré vencer su desvío, y el mejor partido que puedo tomar es deshacerme de ella; de lo contrario me comprometeria.

Fué á ver al cacique, y este aceptó su proposicion.

Volvió adonde estaban sus soldados, y reuniéndolos, les dijo:

Hernan Cortés ha tenido un encuentro en Tepeaca, en el que han perecido casi todos nuestros hermanos. Su ambicion de gloria, su sed de riqueza, le hace empeñarse todos los días en las más desastrosas batallas.

Sé que se dirige hácia aquí, tal vez para sacrificarnos á sus descabellados intentos: este es el porvenir que nos reserva la suerte si permanecemos adictos á su persona.

Por el contrario, declarándose en rebelion, auxiliados por el cacique de Zempoala, que se ha prestado gustoso á favorecernos, podemos emprender conquistas por nuestra cuenta, y en breve regresar á nuestra pátria cargados de riquezas. Decidid lo que debemos hacer.

La soldadesca acogió con entusiasmo aquellas palabras.

—Todos os seguiremos,—exclamaron.

La conspiracion iba á estallar cuando llegó Alvarado.

Al ver la actitud hostil que presentaban los soldados de la colonia, adivinando lo que sucedia:

—Compañeros, — exclamó, — aun es tiempo de apartaros del abismo que se abre á vuestros piés. ¿Qué vais á hacer, insensatos? ¿Qué ruin interés os guía á olvidar vuestros sagrados deberes, á perder en un momento de extravío la aureola de gloria que circunda vuestras frentes? ¿Qué idea formarán estos indios, si á los que creen hijos del cielo les ven cometer una accion tan indigna?

Un grito unánime, entusiasta, interrumpió á Pedro de Alvarado.

—¡Viva el emperador Carlos V!—exclamaron todos.—¡Viva Hernan Cortés!

Y acudieron á confundirse con sus hermanos.

No tardó en saber Alvarado que el jefe de aquella conspiracion era Rangel.

Mandó que preventivamente le condujeran á una prision, y nombró para que le custodiaran á los soldados que más confianza le inspiraban.

En seguida dió orden para que se abriese la sumaria, y en breves dias quedó determinada.

Todos los soldados, en sus declaraciones, estaban conformes y aseguraban que habian sido seducidos por Rangel para tomar parte en la rebelion que debia haber estallado.

Al cacique de Zempoala le hizo ver la enormidad de su conducta al proteger los descabellados intentos de Rangel, y oyó de sus lábios frases que revelaban lo avergonzado que se hallaba por haberse dejado alucinar por aquel mal español.

Conferenció con Marina, y despues de oir la rela-

cion de su cautiverio por Litzajaya y de lo amenazada que se habia visto por la brutal pasion del jefe de las fuerzas de Veracruz, confirió el mando de dichas fuerzas á uno de los cabos que con él habia ido, llamado Miguel Ordoñez, y acompañado de Marina y seguido de los soldados que habia traído, regresó al sitio en donde se hallaba Cortés.